

caballos, armas, y proveernos de víveres y de cuanto pudiese sernos necesario. Ultimados los preparativos, ya el invierno tocaba á su fin. Hubiera deseado partir en invierno para durante la primavera cruzar los grandes campos que se extienden entre el Misisipi y las montañas Roqueñas. Pues sabía que en verano en aquellas extensas llanuras mueren centenares de hombres víctimas de enfermedades contagiosas provocadas por la intensidad del calor que en ellas reina; razón que me resolvió á dirigir el convoy no por el camino que avanzando hacia el Sud pasa por San Luis; sino por Jowa, Nebraska y el Norte del Colorado; camino que los indios hacían más peligroso, pero que indudablemente era el más sano. Al exponerles mi plan los hombres de la caravana protestaron indignados, y momentos hubo en que temí estallase una rebelión. A sus gritos les contesté, que pues se negaban á obedecerme, podían elegir otro jefe. Acabaron por someterse, y partimos al nacer la primavera. Hasta que mis compañeros se hubieron acostumbrado á mi carácter y á las especiales condiciones del viaje, debí sufrir lo indecible.

Cierto es que les inspiraba confianza, pues mis atrevidas correrías por Arkansas me valieron notoria fama entre la turbulenta población fronteriza, y el nombre de «Ralph el Soberbio,» con que me apellidaban en las lla-

nuras, era asaz conocido de la mayoría de mis gentes. Sin embargo, dadas las circunstancias, para que fuesen amistosas las relaciones entre el jefe y los emigrantes, precisaba un tacto extremado. Debía al anochecer elegir sitio á propósito donde acampar. Y durante el día indicar el camino y dirigir la marcha de aquella caravana tan larga que, avanzando ordenadamente por las llanuras, ocupaba á veces más de una milla. Debía poner centinelas en las alturas vecinas, relevarles, y dar á los hombres cansados permiso para irse á dormir.

Cierto es que los norteamericanos tienen el espíritu de organización elevado á un grado tal de perfección que asombra. Pero efecto de las fatigas de la marcha, las energías desfallecen, y el decaimiento se enseñoa hasta de los más resueltos. En el decurso de aquellas horas de triste desaliento, se niegan á pasarse el día montados á caballo para practicar los indispensables reconocimientos, y se niegan también á dar la guardia durante la noche. Extenuados, todos odian el trabajo, y sólo anhelan pasarse largas horas tendidos perezosamente en el interior del carro.

Además, para tratar á los yankees precisa que el jefe sepa conciliar la disciplina con la amabilidad, lo que no siempre es empresa fácil. Durante la marcha y las guardias

nocturnas no consentía que nadie desacatará mi autoridad. Pero durante las horas que cada día descansábamos y las que permanecíamos acampados, dejaba de ser jefe para convertirme en amigo. Los hombres quedaban en completa libertad, y más de una vez vime obligado á perdonar las insolencias de algún aventurero. Un día tuve ocasión de demostrar en presencia de múltiples espectadores, que mis brazos eran los más robustos y mis puños los más fuertes, lo que me valió la autoridad necesaria para cortar toda disputa ó conversación desagradable.

Profundo conocedor del carácter americano, procuraba mostrarme siempre amable. Mi amabilidad y paciencia debían mucho, es preciso confesarlo, á unos hermosos ojos azules que del fondo de un carricoche solían fijarse en mí con, al parecer al menos, cierto interés. Eran los ojos grandes, bellos de una joven, casi niña cuya alabastrina frente sombreaban dorados cabellos. Llamábase Lillián.

Era delicada, esbelta; bañaba su rostro indecible expresión de melancolía mezclada con el alegre sonreír de quince años: parecíame una niña.

Desde los primeros días del viaje excitó mi curiosidad aquella hermosa joven, de expresión grave cual la de mujer anciana. Pero el puntual cumplimiento de los deberes que in-

cumben al jefe me impedía pensar en nada que no fuesen ellos.

Durante las primeras semanas del viaje apenas si cambié con *miss* Lillián otras palabras que el saludo cotidiano. Sin embargo, compadecido de su juventud y aislamiento (entre los hombres de la caravana no tenía ni parientes ni conocidos), había mandado se le prestaran algunos servicios por cierto bien insignificantes.

Innecesario era velara por ella con mi autoridad de jefe, pues los norteamericanos, aunque no tan caballeros como los franceses, tratan á la juventud con respeto y consideración.

Habiendo observado que Lillián estaba algo enfermiza, dispuse se trasladara al carricoche más confortable, que dirigía un conductor anciano, hombre muy práctico, llamado Smit. Mandé le prepararan un lecho en el que pudiese descansar cómodamente, y le presté una hermosa piel de búfalo, la mejor de las muchas que á prevención llevaba.

Aunque tales servicios fuesen de escasa importancia, Lillián parecía estar por ellos vivamente agradecida, y procuraba demostrármelo. Y á mí parecíame tan bella como humilde. Dos mujeres, la tía Grosvenor y la tía Atkins, la acompañaban y mimaban cual puede mimar la madre al más querido de sus hijos. Llamábanla «avecilla,» y gustó

tanto el nombre que en la caravana no se la conocía por otro. Nunca había hablado con Lillián. Al fijarme en que eran para mí las mas hermosas miradas de la joven de ojos azules, creí que aquella simpatía sería efecto de que entre todas las gentes del convoy era el único que había recibido educación semejante á la suya. Lillián, cuya distinción era evidente, veía en mí el hombre que por su educación y manera de ser se acercaba más á la esfera en que ella vivía.

El interés que me manifestaba halagaba no poco mi vanidad: procuré colmarla de atenciones, espiaba sus miradas, y me preguntaba con asombro cómo tan encantadora criatura había podido pasarme inadvertida semanas enteras.

De entonces gusté de hacer caracolear mi caballo en torno del carricoche de Lillián. Cuando moría la brisa matutina y los rayos del sol inundaban la tierra; cuando al mediodía caían perpendiculares sobre nuestras cabezas con fuerza enervadora, y los mulos avanzaban perezosamente y la caravana se extendía por la llanura sin límites cual culebra aletargada, de suerte que el hombre que guiaba el primer carro no veía el fin de aquella larga hilera, gustaba de soltar la rienda á mi corcel y recorrer la caravana de uno á otro extremo, feliz viendo al pasar que se inclinaba aquella linda cabeza, y que



De entonces gusté de hacer caracolear mi caballo en torno del carricoche de Lillián.

aquellos ojos hermosos me miraban con curiosidad infantil. Y feliz al sentir que entre tantos extranjeros, no estaba enteramente solo, que se acordaba de mí una alma inocente, encantadora.

Era algo muy superior á vanidad satisfecha lo que sentía, era la felicidad de saber que cerca de mí había un corazón capaz de comprenderme. Lillían era la reina de mis pensamientos. Gracias á ella al cruzar aquellos bosques y llanuras inmensas no experimentaría la tristeza de la soledad ni la tortura de los vagos temores. Y el viaje tenía para mí nuevos encantos. Antes cuando la caravana suspendía la marcha y los carros se colocaban en el sitio previamente designado para entregarse al descanso, aquel vocear de los carreteros, aquel continuo ir y venir me mareaban. De entonces nó: cuando de la cima de una colina lanzaba la voz de ¡alto! la vista de los carros blancos, vibrando intensamente al beso del sol y medio cubiertos por las altas hierbas como naves en el Océano, y la de los hombres armados y á caballo esparcidos en pintoresco desorden á ambos lados de los carruajes, me llenaba de felicidad no exenta de infantil orgullo. Ignoro lo qué podía sugerirme tales comparaciones, pero la vista de aquella caravana evocábame el recuerdo de un pueblo del Antiguo Testamento al que, cual patriarca, debía yo guiar

á la tierra de promisión. Los cascabeles de las mulas y el grito *¡adelante!* de los conductores acompañaban como armonioso concierto mis pensamientos de felicidad.

Cuando hube adquirido la certeza de que existía entre Lillián y yo un sentimiento entonces para mí inexplicable, se apoderó de mí extraña timidez; y sin embargo multiplicaba mis atenciones, y repetidas veces al cruzar por delante su carricoche detenía mi corcel y preguntaba con interés por la salud de la tía Atkins y de la tía Grosvenor, para así justificar mis preguntas y cuidados por la salud de Lillián.

Y creí adivinar en el rostro de esta joven de rubios cabellos y ojos azules indecible expresión de tristeza que me movió á compadecerla. Y compadeciéndola enseñoreóse de mis pensamientos. Y cuando ya anochecido, después de revistar los centinelas para ver si seguían firmes en el sitio que les designara, retirábame á descansar en mi carro, en vano cerraba los ojos deseando conciliar el sueño: parecíame que los mosquitos y abejas, que incansables zumbaban en torno mi cabeza, cantaban sin cesar: «Lillián... Lillián...» Y era la reina de mis sueños, y al despertar mi pensamiento volaba hacia ella cual golondrina, y su recuerdo endulzaba mis sufrimientos y hacía agradables las contrariedades de aquel penoso viaje.

Todos la amaban como á su propia hija, y de este amor tenía todos los días múltiples pruebas. Varias mañanas vi á la tía Atkins que peinando á Lillián la abrazaba con maternal afecto. Y otras veces vi á tía Grosvenor que estrechando entre sus manos las de aquella joven casi niña, procuraba infundirles el calor que le robara el frío de la noche. Los hombres empeñábanse en colmarla de atenciones. Había en la caravana uno llamado Enrique Simpson, joven aventurero de Kansas, cazador intrépido y dotado de relevantes virtudes, pero tan pagado de sí mismo, tan insolente, que en el decurso del primer mes vime obligado á castigarle dos veces para demostrarle que en la caravana había alguien más fuerte, más valiente que él, y á quien tenía obligación de obedecer. ¡Precisaba verle á Enrique hablar con Lillián! El que no respetara ni al mismísimo Presidente de los Estados Unidos, ante la joven perdía su orgullo y natural atrevimiento. Cada dos palabras repetía: «Señorita Lillián, le pido mil perdones.» Dijérase era un perro encadenado y dócil; y en realidad aquel semi Hércules hallábase pronto siempre á obedecer la menor indicación de aquellas manos de muñeca.

Durante las horas de alto procuraba hallarse donde estaba Lillián, atento á prestarle esos mil diversos pequeños favores que

tanto se agradecen. El encendía el fuego y le buscaba sitio donde el humo no la molestara. Cubría de musgo el lugar donde ella debía sentarse, y luego pareciéndole poco añadía las mantas de su propio caballo. Escogía para ella la más hermosa pieza de caza, y todo con amabilidad y fina y humilde cortesía de que nunca le imaginara capaz.

Viéndole sentía extraño enojo, algo muy parecido á envidia.

Mis quehaceres no acababan nunca. Los carros avanzaban uno tras otro y frecuentemente muy distantes entre sí: cuando para el descanso del mediodía entrábamos en un campo descubierto, siguiendo la costumbre de estas llanuras, los mandaba colocar unos al lado de otros, tan juntos que entre ellos apenas podía pasar un hombre. Indecibles ó poco menos eran las dificultades que debía vencer para ordenar aquella línea defensiva. Las mulas son por naturaleza salvajes é indomables: ó se lanzan con ímpetu corriendo escapadas, ó se niegan á avanzar, y se desaparejan, se muerden y piafan con furiosa impaciencia. De vez en cuando los carros por efecto del pésimo estado de los caminos estropeábanse ó volcaban. Entonces relinchaban los caballos, gritaban los carreteros, los cascabeles sonaban desacompadamente, los perros ladraban con furia y armába-

se un concierto infernal. Ordenado el campamento, debía vigilar quedasen colocados de manera conveniente los arreos, y que los carreteros apacentaran primero y abrevaran después todas las mulas. En tanto los hombres que marchaban á la vanguardia, abandonaban el llano, recorrían las colinas y bosques vecinos, y á las pocas horas regresaban bien provistos de caza: sentábanse en torno de los numerosos hogueras que encendían, y comían y charlaban alegremente mientras que yo apenas disponía de un momento para probar bocado ó reponer mis fuerzas.

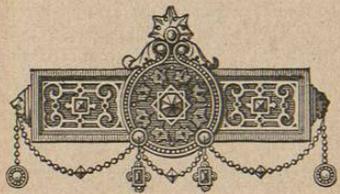
Cuando después del reposo proseguíamos el camino, doblaba la vigilancia: para evitar ruido y desorden mandaba atasen las mulas en vez de dejarlas correr en libertad.

Con enojosa frecuencia los carreteros se avenían, y para evitarse la molestia de un rodeo ó un paso que juzgaban dificultoso desobedecían mis órdenes.

Lo que originaba querellas y disputas sumamente desagradables.

Repetidas veces espoleaba mi corcel, y partiendo á galope tendido, dejaba muy atrás las avanzadas, reconocía los alrededores, buscaba campos donde corriese abundante el agua potable y que en caso de ataque pudiesen ser fácilmente defendidos, y el que parecíame mejor lo elegía para descansar en él durante la noche.

Llegaba á maldecir mis deberes de jefe, y sin embargo el pensamiento de que lo era me llenaba de orgullo. Gustaba de repetirme que era el señor de aquella caravana, el general de aquel semi-ejército, y que Lillián sabía que estaba en mis manos y de mí dependía la suerte de aquellos hombres que avanzaban tras los carricoches á través de las inmensas pampas.



CAPÍTULO SEGUNDO

CRUZAMOS el Misisipí y acampamos en Cedar-River; pasando la noche en sus hermosas orillas, cubiertas de algodoneros.

Cuando me alejaba de los hombres que, armados de hachas, se internaban en los vecinos matorrales para cortar la leña que durante la noche debía alimentar las fogatas del campamento, vi á corta distancia la demás gente de la caravana, que aprovechando las horas de reposo y los encantos del caer de la tarde de un día primaveral, vagaba alegre por la llanura. La hora era